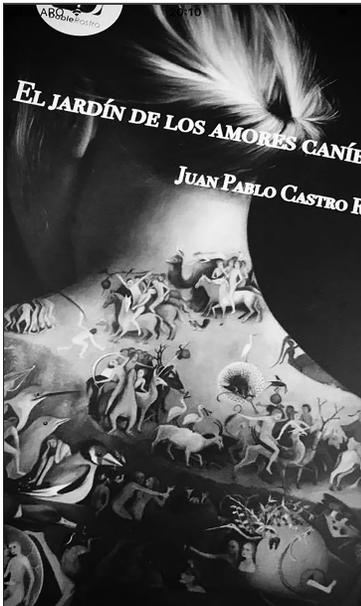


## Sobre el jardín de los amores caníbales



Siglos de siglos y solo en el presente  
ocurren los hechos;  
innumerables hombres en el aire,  
en la tierra y el mar,  
y todo lo que realmente pasa  
me pasa a mí.

Jorge Luis Borges

Abro la puerta.

En la oscuridad del placard reverdece un jardín, y en él, el deseo, como un animal salvaje, habita.

Jardines hay muchos y todos los contiene este texto de amores vaporosos. Todos nos vienen a la cabeza (¿a cual?, piensa el vulgar que habita en el realismo sucio de nuestra sombra), el de Hieronymus Bosch, el de Dulce María Loy-naz, realista y mágica, en latitudes del trópico cálido, que solo puede fundirse en la imagen de una tema de los Andes, ¿o será de Islandia, visitada en un segundo risueño de la fantasía *millennial*? Raves, vino hervido, un café en Lisboa, el frío de Quito, todo mezclado, todo vertiginoso. Jardines bucólicos e intoxicados de contemporaneidad, melancólica, eso sí.

Esto es una novela, poemática, pero novela, siempre, no hay que confundirse.

Lo triste es hermoso. El imperativo trágico del siglo, que apaga los rescoldos de la devastación romántica, el sello de la modernidad, la huella que esta dejó, en otros lados y aquí, el aire, atrapado en el ethos de un barroco alcohólico que se ha dormido en las aceras de las calles, no se puede ir, es un aire perfumado hasta el empalago. Esa modernidad ficticia contra la que luchan los artistas les vuelve aun más románticos, qué gracioso. Estas palabras, no. Los sintagmas tristes y perplejos, posmodernos, pero vestidos de estas ciudades andinas, son la mejor muestra de una utopía de la fragmentación. Esa espiritualidad individualista, fordiana y pornográfica del ahora. Estos paisajes emocionales, desnudos, con la insistente voz del narrador, de su mano, a través del espejo, viven (en las delicias de El Bosco, Adan y Eva, simulan este acto).

Esta es una novela melancólica.

He terminado, no tengo que decir más. Lo que reste serán palabras que intento modelar, adiestrar, domesticar, y que salen del geiser magnífico de la herida.

El desorden atribulado de hechos y narraciones *uber* espaciales y temporales –no– importa–, el hilo mágico de la poesía, teje un camino firme y contradictorio a lo largo de las palabras. Eso y el deseo, agazapado del cuerpo de la voz narrativa, a su deriva, espolado por ella y a la zaga de otros cuerpos, de las referencias que inundan las líneas de negro sobre blanco.

Cuerpos entrelazados por palabras. Palabras que atan a otras en torno a los cuerpos, a través del diálogo o la descripción que hace el diálogo cuando no tiene una acción consciente; la voz narrativa que describe y siente y se pierde en el placer del intercambio con el otro, en la obsesión neurótica por ser uno mismo y el objeto de su mirada también; ese silencio del otro en la charla, donde intuimos nada )y él sigue lucubrando para sí, en la eterna inmanencia gozosa del yo). Ataduras sintagmáticas que recuerdan el gesto ingravido de la mano deseada e impuesta, la que nos obliga al amor. Este autor, que actor de un narcisismo irrenunciable, se pierde en la locura desordenada del tiempo,

de los tiempos, donde se bifurcan los caminos del ciego de Buenos Aires; este autor descuartizado por la distancia andina entre Quito y Cuenca, brecha de su corazón; este autor se emborracha y desorienta en el límite del horizonte de sucesos, en este jardín de amores devastados y torpes, con pequeños gozos y triunfos pequeños; esta voz narrativa auto referencial –y desdeñosa de mirarse a sí– es

el valor supremo en la novela que discurrirá para el lector que continúa; este escritor, abandonado al inconsciente, que se desnuda en sus historias, no se tapa impunemente el sexo cuando se ve descubierta por su propia mirada crítica, no construye un ídolo de autor, se expone y ata a otros y a otras en esta lava lenta de la vida.

**León Sierra Páez**